

fama y estimacion hasta el grado de ser tenido por santo, hacia que sus errores fuesen mas funestos para la Iglesia: El peligro no hay que dudar que era grave é inminente, empero Agustin lo conoce á tiempo y esto basta. La Esposa de Jesus parece temblar á fuerza del dolor que los Pelagianos le causan: los prelados y mas sábios ministros de la Iglesia se alarman temiendo por la felicidad eterna de los fieles redimidos por la sangre preciosa de Jesucristo; el mismo San Gerónimo asoma la cabeza fuera de su cueva y se dispone á dejar su soledad para luchar en favor de la Iglesia, pero se detiene y queda en su amable soledad. ¿Y por qué así? Porque sabe que Agustin vela, que combate con valentía, y conoce que él solo basta para dar muerte al error (1): confesion tanto mas gloriosa para Agustin, cuanto que procede de la pluma de un San Gerónimo. Y fué en efecto Agustin bastante para combatir á Pelagio. Al modo que Saul confió á David la ruina de Goliath que insulta á los Israelitas, los Padres de África confian á Agustin la ruina y destruccion de Pelagio que insultaba la gracia. Agustin, aceptando gustoso este encargo en honra y gloria de Dios y utilidad de los fieles, toma la pluma y en sus primeros escritos empieza á conseguir triunfos de Pelagio.

En vano este sutil hereje, trata de dar nueva forma á sus errores, inútilmente los retracta en parte, valiéndose de esta astucia con la que sorprende en Palestina un concilio y en Roma á un gran sucesor de Pedro. A pesar de todo, el error no triunfa, su autor no logra sorprender á Agustin, instrumento de que

(1) S. Hieron. Dial. 3 contra Pelag.

se valió Dios para que las puertas del infierno no prevalecieran contra su Iglesia. Los discípulos de Pelagio se retiran á Italia, huyen á Constantinopla y se ocultan en Francia: y Agustin, cual otro Macabeo, los busca, los persigue y triunfa de ellos. El orbe cristiano aplaude su celo y la utilidad de su sabiduría, y al mismo tiempo que Roma mira sus sentencias como oráculos, los Padres le aclaman Doctor, Apóstol y defensor magnífico de la gracia.

Ni esto solo le dió que trabajar á Agustin, pues que su celo le llevó á argüir á unos monges de la Francia á donde habian ido á refugiarse las últimas chispas del voraz incendio de la herejía de los pelagianos. La sabiduría de Agustin disuade del error á aquellos solitarios. Leed, señores, leed con atencion sus magníficas obras tituladas la una *Del don de la perseverancia*, y la otra *Predestinacion de los santos*, y entonces conocereis cuánto trabajó en defensa de la fé, cuán útil fué su sabiduría.

Agustin habia envejecido en los trabajos, y esto dió motivo á no temer á Juliano, que jóven y atrevido, creyóse suficiente á medir sus armas con el anciano obispo. Publica aquel nuevo hereje escritos llenos de ponzoña y errores, provocando á la lid al santo Prelado, y este le combate en los últimos dias de su preciosa vida escribiendo la que es conocida con el nombre de *Obra imperfecta*, por no haberle durado la vida el tiempo necesario para concluirla.

Compendiemos ahora, señores, en breves palabras las tareas, el celo y los triunfos de Agustin. Su caridad no se contentó solo con glorificar á Dios defendiendo sus eternas verdades: su amor, semejante á aquel que ardia en el corazon de Ezequiel, no se



contiene en su pecho sino que quiere comunicarlo á las personas de toda edad, sexo y condicion, y al tiempo mismo que aquí da regla á los monges, allí edifica monasterios; ora cual otro Esdras recorre las tribus y busca los dispersos de Israel para formar de nuevo el pueblo del Señor; ya combate la herejía, ya predica lleno de celo hasta conseguir desterrar el abuso de las comidas sobre el sepulcro de los mártires; no obstante estas continuas tareas, dedica las horas de la noche para escribir esos hermosos libros en los que vive su memoria, libros tan venerados en la Iglesia como buscados por los sábios. Decidme, pues, señores, ¿qué adelantos no hizo en las ciencias? ¿qué punto dogmático no defendió? ¿qué errores no combatió? ¿qué dejó de hacer en beneficio de la Iglesia, en utilidad de los fieles? ¡Ah! que bien puede esclamar Agustino con razon, que no solo trabajó para él sino para todos los que procuran la enseñanza. Como el mayor apologista de la religion contra los filósofos, déjase ver Agustín en el libro que escribió de *Vera religione*. Como teólogo, en los varios libros que compuso donde trata de todos los dogmas, de todos los ritos y ceremonias: en sus escritos se encuentra un curso completo de teología dogmática, escolástica, espositiva, moral y ascética, escrito con tanta solidez, profundidad y piedad, que le han grangeado con razon los epítetos de Padre de los padres; Doctor de los doctores; príncipe de los teólogos; controversista inimitable; águila de la Iglesia, el mas sábio entre los santos y el mas santo entre los sábios. Con estos honoríficos y gloriosos títulos le nombran San Pedro Damiano, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y el sutil Scoto; este último le cita

en sus obras mas de ochocientas veces, y Tomás de Aquino se gloria en decir que es su discípulo, le respeta como maestro y le alaba sobre todos los sábios. Ved, pues, justificado el móvil que me hizo poner al frente de su elogio las palabras dirigidas por la reina Sabá á Salomon: *Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audivi.*

Recordad, ahora, señores, su maravillosa conversion, su retiro al claustro, sus austeras penitencias, su humildad profunda componiendo y publicando el libro de sus *Confesiones*, y comprendereis que verdaderamente fué un *sábio humilde*. Contempladle despues sosteniendo guerra á muerte con los enemigos de la Iglesia, observad su continua y fervorosa predicacion, el espíritu que le animó para escribir sus obras, considerad tan solo y por último que nos dejó doscientos veintitres libros, seiscientos noventa y dos sermones llenos de doctrina, doscientas setenta epístolas, sin contar otros varios tratados, ni hacer mencion de otros libros que se han oscurecido, y reconociendo el bien que con ellos ha causado á la Iglesia, no dudareis que fué un *sábio útil*. Contemplad bajo un solo punto de vista sus heróicas virtudes y su sabiduría, y vereis un sábio cristiano que emplea su ciencia en beneficio de la Iglesia, en su propia santificacion y en la de muchos.

Afortunadamente, señores, el siglo XIX en que vivimos no es el siglo de las herejías, pero no por eso deja de cubrirse la Esposa de Jesus con vestiduras de dolor á causa de la incredulidad de muchos de sus hijos. No existen, es verdad, esos herejes que públicamente combaten el dogma, pero no por eso dejan de existir sociedades secretas donde se jura ódio eterno á Dios y á sus ministros: de aquí y de estos



combinados esfuerzos nacen las robustas raices que trastornan los estados, agitan las sociedades y hacen temblar á los reyes en sus tronos. La corrupcion de las costumbres desvia á la juventud del cumplimiento de sus deberes religiosos, entrando así insensiblemente en el estado de indiferencia que conduce necesariamente al desprecio, del que nace la incredulidad. ¡Ah! necesarió seria que pareciese de nuevo Agustin entre nosotros, que penetrase con su elocuente voz en todas partes, y principalmente en aquellas grandes asambleas donde sus obras no son leidas, que hiciese conocer á todos sus deberes, para que no caminasen los hombres por la senda de la perdieion eterna.

Cristianos, desengañaos de una vez. No hay felicidad fuera del cristianismo. Observad las naciones que se apartan de Dios, que menosprecian la Iglesia, se dividen en fracciones y las vereis desoladas y empobrecidas. Es constante el oráculo divino. Sin salir de nuestra España, abrir la historia y admirao. Cuando nuestros Padres eran verdaderamente católicos, cuando se amaban los Reyes, se respetaba la Religion y se veneraban sus ministros, cuando los españoles no tenian mas que un Dios, un Rey, una voluntad, entonces ¡ah! ¿qué sucedia? que reinaba la paz, esa dulce paz, que viene de Dios y no del mundo; habia felicidad, abundancia, y por su poder y por lo dilatado de sus dominios era España respetada de propios y extranjeros, ¿Y qué remedio hay para volver á aquel feliz estado? ¿qué bálsamo será á propósito para cicatrizar las llagas que corroen las entrañas de la sociedad? No otro que estudiar las obras de Agustino y practicar su doctrina. Reyes y

gobernantes de la tierra, acercaos á Agustin, leed sus obras y quedareis iluminados, *accedite ad eum et illuminamini*. Para todos escribió. Leedlas, pues, y aprendereis á guiar á los pueblos por el camino de la felicidad. Sabios prelados de la Iglesia *accedite etc*, acercaos á él y tambien sereis iluminados: en sus obras encontrareis el modo de dirigir vuestros rebaños con tino y con acierto: tomad su doctrina, y entonces conoceréis la necesidad de proveer á la Iglesia de ministros útiles, porque ¡cuánto mal resulta á la religion y al estado esa facilidad de conferir órdenes, sin tener en cuenta si los que las solicitan son ó no llamados de Dios, si entran en la Iglesia para sostenerla con sus doctrinas ó para socabar sus cimientos con su mal ejemplo y su conducta! Hombres todos de la tierra, acercaos á Agustin, *accedite etc.*, leed sus obras, pues que en ellas encuentran instruccion, el Pontífice, el Magistrado, el hombre, en suma, de cualquier estado. Y vosotros trastornadores de oficio, que no encontrais el medio de conciliar la religion y la sociedad, leed en su libro del *Combate cristiano*, en los que escribió contra los donatistas, y particularmente en el segundo, y vereis con exactitud señalados los justos límites entre el sacerdocio y el imperio, y concluireis de una vez tantas disputas ó al menos aprendereis á discutir sin lastimar la caridad.

Y vos ¡oh gran Padre San Agustin! que hoy gozais en el cielo el premio de tantos trabajos apostólicos, alcanzadnos la divina gracia, esa gracia de que fuisteis magnífico defensor, á fin de que os sigamos en la doctrina y en la práctica de las virtudes, con las cuales seamos felices en el tiempo y en la eternidad. *Amen.*